

ANGELO ALESSIO

**YO CUENTO
Y USTEDES SE
ESCONDEN**



Angelo Alessio nació en Mendoza, Argentina, en 1997. Es licenciado en Literatura con mención en Edición. Ha publicado cuentos, ensayos y crónicas en diversas revistas digitales. Escribe afanosamente un diario íntimo y es uno de los coeditores de este colectivo. *Yo cuento y ustedes se esconden* (2021) es su primer libro.

INSTANTÁNEA RELACIÓN, 9

Angelo Alessio

2021, SANGRÍA EDITORA

Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile

www.sangriaeditora.com

sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Martín Centeno, Camila Soto Illanes y Mónica Ramón Ríos.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

Portada de Joaquín Cociña y Carlos Labbé.

El diseño de colección fue realizado por Sangría Editora.

Permitimos la reproducción de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico.

A Gloria



Adivinar sus palabras con la escasa iluminación que se cuela a través de los barrotes es perder el tiempo. ¿Y si levanto la mano? Quien haya ganado ese enorme trofeo de aquella vitrina dorada probablemente daría un salto olímpico, diez, veinte, treinta metros, ¿cómo llegó tan alto? Y caería en los intersticios de sus voces para decir algo que lo saque victorioso. Si yo pudiese realizar tal hazaña diría que prendamos las luces. Haría un último esfuerzo por recordar sus caras.

Usted, fuera

De nuevo echaron de la sala al Pancho. Tiene su hoja llena de anotaciones, ya no sé si lo hace por gusto —el patio en horario de clases tiene un atractivo indescrip-tible— o por el profe que, según él, lo mira con su ojo chueco. Nadie sabe qué le pasó y estoy casi seguro de que no deberíamos preguntarle. Yo me imagino que fue en un entrenamiento con armas cuando era milico. Escondido en unas trincheras, sentado con el fusil al hombro, firme, como si le importara más que su propia vida, hasta que su compañero da la señal. Se levanta veloz y apunta en línea recta hacia el campo adversario, pero en el momento que su índice roza el gatillo lo impacta un proyectil. Dicen que ese es su ojo bueno, por molestar. Entiendo al Pancho. Yo lo haría también, ganas de hablar no me faltan, y escapar del control de las paradocentes es una actividad poco mencionada pero adictiva. Si no estuviera condicional, hace rato me hubiera ido. Pero me distraje de nuevo. Ya empezó a dar vueltas atrás mío el

profe, siempre hace lo mismo. No recuerdo esta fórmula, no vine ese día, ¿fue para química? Quiero rayar la mesa con la punta del compás, escribir mi nombre y un dibujo a palitos enojado. Se fue a la pizarra, menos mal. La Florencia tiene otra prueba escrita al margen, eso parece desde aquí. Está varios puestos adelante, en la segunda fila. Nunca se cambia. Le voy a contar sobre el Túnel, aunque es probable que ya sepa, siempre sabe, por eso los profes la quieren y le hablan en los recreos de cosas que yo no entiendo. ¡Se está girando! Sacó una goma de la mochila. El codo delata su error; la curiosidad, el mío.

Suena el timbre.

Me acordé del juego, le digo al Raúl, que está sentado conmigo en una banca de madera. Suelta la guitarra y languidece su vista. ¿Qué eras tú, un fantasma?, le pregunto. ¿Un vampiro? Y entonces de qué me disfracé yo, si no te copié.

Una de aquellas noches vi un fantasma de verdad. Durante el juego, ese que inventamos en un Halloween. Lloraba bajo un alumbrado público. Traía la ropa desgarrada, como si se hubiera caído por un barranco. Completamente blanca. Tal vez un efecto de la luz, no sé. Estoy seguro de que lo vi.

Ayer el profe de matemáticas, el del ojo chueco, me preguntó con desdén a qué venía. De nuevo me fue mal en la prueba. Ahora sólo me quedan las coeficiente dos

para salvar; de verdad no puedo concentrarme. ¿A qué viene? Usted por qué pregunta. Por qué me apunta con el dedo, por qué todos a mi alrededor se sujetan de sus mochilas y pupitres como si un remezón fuera a tirarlos. Yo también preveo el naufragio. El ancla, conjeturo, es de quien haga la pregunta primero. Por qué hay tantos puestos vacíos y nadie abre la boca, o lo apunta con el dedo a usted, que se erige impávido frente a quienes dentro de poco podrían irse y dejar, otra vez, una vacante disponible.

¿Quién puso las reglas del juego?

La respuesta es engañosa.

Entiendo, como varios aquí, que el liceo complace únicamente a alguien sin imaginación. Por ejemplo, la estructura de los cursos. Primero Medio va de la A a la E, y los cupos por clase disminuyen a medida que se avanza hacia el último año, pues sólo existe Cuarto A y Cuarto B. Y aunque parece haber cierta predilección de los profesores por el A, todos compartimos el mismo patio con declives pedregosos. Esto da tranquilidad a quienes estamos de los últimos, porque sabemos que en algún punto del día nos reuniremos en un mismo sitio. Es decir, los del A no se diferenciarían tanto de nosotros. Pero somos, en efecto, distintos. Si no, estaríamos en una misma sala aprendiendo. Serían los mismos horarios y tareas, la misma esperanza de llegar juntos al final.

Balanceo el lápiz en mi índice y recuerdo que el juego era sencillo. Entre una casa y otra, entre departamentos y locales, hay callejones oscuros, recodos por los que nunca pasa gente. Ahí se escondía alguien y su objetivo consistía en atraparnos uno por uno mientras corríamos. Si te pillaban, debías hacer lo mismo con el resto cuando daban media vuelta en la esquina, hasta que no quedara nadie. Quienes huían, curiosamente, nunca ganaban. Juguemos a correr, le decíamos. A escapar. Cualquiera servía. Entendíamos de inmediato. Me pregunto qué tan distinto es a lo que hacen con nosotros aquí.

Entonces salgo vigilante al recreo e inspecciono cada recoveco, cada sombra detrás de las escaleras, dentro de los basureros, en el patio trasero, bajo los banquillos, sobre el techo de lata, cualquier parte que sirva de escondite para la Bestia, desde donde pueda extender sus garras y llevarnos a ese lugar que no existe, que no quiero que exista. Me mantengo lejos del Túnel.

Mientras divago errático por mis recuerdos, emerge un grito de un pabellón distante. Estamos en el patio trasero. De pronto imagino que alguien me agarra de las solapas y me retuerzo para liberarme. El Raúl me toca el hombro. Respiro. Es el Pancho, dice, y una paradocente. Él grita furioso y ella responde con calma. Una calma que se eleva como muralla gigantesca que impide con indiferencia el paso de las palabras a su destino.

No tardó en aparecer el inspector. Se llevó al Pancho hasta que llegaron sus papás y juntos entraron al Túnel. Al día siguiente su casillero, que estaba a un lado del mío, quedó vacío, igual que su puesto en la esquina derecha de la sala, y —mientras el profe de matemáticas iba a buscar unas guías— vi que tampoco figuraba su nombre en la lista. No estaba tachado o borrado con corrector, tampoco quedó un espacio sobrante; era como si nunca hubiese sido alumno del liceo.

Hay en inspectoría un escritorio burdeo con incrustaciones de hueso, o eso decimos nosotros, que combina con la fachada de la institución. El Pancho lo conoce bien. Ha repetido dos veces y tuvieron que agregarle páginas a su sección de anotaciones. Hace tiempo, en la cancha, nos contó uno de esos encuentros. El director no lo miró en ningún momento, solo se dirigió a la mamá, que lo acompañaba nerviosa. Algunos deben seguir un camino diferente al resto, le decía. Más lento. Algunos se la pueden y otros simplemente no. Le podemos buscar otro sitio para que termine, tranquila. No se altere, a veces pasan estas cosas. Creemos que es su mejor opción. No se fue en aquel momento porque la mamá se lo rogó. Pidió que por favor confiaran en él. Hasta hoy.

Sabía barajar las cartas sin que se le escaparan de las manos. Era bueno para los pases en el fútbol. Trabajaba después de clases para ayudar en la casa, aunque nunca

dijo en qué. Y, sin embargo, nunca tuvo una oportunidad. Yo le iba a hablar aquella vez, mientras esperaba sentado a sus papás en inspectoría. Lo vi entre los barrotes de la ventana y, desde fuera, me dio la impresión de que no estaba arrepentido, sino satisfecho. Al final cambié de opinión y me fui sin decirle nada. Tenía esa expresión en el rostro de quien lo ha soltado todo: como si hubiese desatado, más bien destruido, el nudo de su garganta apretando el estómago y los puños con fuerza. No se lo supe explicar al Raúl cuando lo vi.

Ya en clases, horas después, pedí permiso para ir al baño y lloré bajo un tubo fluorescente. Recuerdo que en el patio nos juntamos todos. Salí optimista, pero sólo vi a una auxiliar que barría el pasillo principal. Aglomeraba polvo frente una pala de plástico, a los cuales les sumaba piedras, papeles, envoltorios, todo tipo de residuos. Después ella se fue y quedó el silencio.

Para que la Bestia se escondiera debíamos taparnos los ojos y contar hasta diez. Uno, dos, tres, cuatro, ¡sin trampas! Cinco, seis, siete, ocho, nueve. Diez.

Excelencia académica

El error es más honesto que la excelencia, aunque el Simce, para el cual el liceo es favorito, no lo constate. De todas formas nos miden con esos parámetros y unos pocos tienen éxito.

¿Quién puso las reglas?

En cualquier caso, con ello se nos revela la posición en que estamos. Que la Florencia salga de aquí no significa que nosotros también. Ella representa el contrapunto de nuestros errores. Su vida fuera del liceo no es tan distinta a la del peor alumno de la clase, no hay nada material que envidiarle, nada que le dé ventaja. Sólo le tocó.

Hay una escena que se me repite cada cierto tiempo. Llevo notas. En la rejilla de mi puesto guardo una libreta con dibujos —garabatos, más bien— que me permiten recordarla. Aún no sé para qué sirve. A veces, desde mi silla en el centro del salón, me parece que los pupitres arden en llamas. En serio. Y que la pizarra se extiende por las paredes a medida que se llena de fórmulas. Se

alarga hacia los costados hasta cubrir las cuatro paredes, como si quisiera distraernos del intenso calor que se apropia de nosotros. Volteo mis manos: llagas punzantes, sangre que se niega a manchar el piso. No obstante, me mantengo firme en el pupitre por una sola razón: la piel muerta —con algo de suerte— será reemplazada por una nueva, resistente a las altas temperaturas, y así —con un poco más de suerte— no tendré que irme como los otros. La Florencia, quien más cerca está del muro blanco, escucha lo que dice el profe y ve lo que nos pasa a nosotros. Decide, con evidente dificultad, levantar la mano y contestar una pregunta. Decide cantar el himno los lunes por la mañana y llevarse a casa la insignia del liceo, dos caras bordadas al polerón carentes de vida. Ante esta cortina de humo que emerge junto al crepitar de la madera, algunos intentan llevarse algo, lo que sea, y huir. Entonces, cuando nadie los ve, meten todo en sus mochilas y corren, corren jadeantes por las piedras, saltan de dos en dos los peldaños y esperan no ser atrapados por la Bestia de los callejones. Se deslizan entremedio de las balaustradas, ruedan por los arbustos, saltan el portón, llegan a la salida trasera y en el estacionamiento se atrincheran tras los autos para esconderse de los agentes encubiertos que nadie mencionó en el reglamento estudiantil. Instalan barricadas con sus útiles escolares, con el uniforme, con la información memorizada en sus

cuerpos. Con el fuego —ahora a su favor— se disfrazan de lo que más les gusta: hombres lobo, zombis, quimeras, elfos, duendes, demonios, vampiros. Y una vez que el peligro ha pasado, se cortan el cuerpo con un tenedor del casino, porque saben que nadie sale de aquí sin una marca. En su debido momento los inspeccionará quien corresponda en busca de la marca. Después pueden tapársela —si así lo desean— y hablar de la excelencia de sus orígenes, de lo que son y en qué se convertirán. Si en cambio la dejan al descubierto, su porvenir será incierto, pero honesto.

Siempre que plasmo en el papel esta reiterativa escena, desde mi silla en el centro del salón me cercioro de anotar todos los nombres. Lo hago por si desaparecen del libro de clases.



Mide, según adivino desde abajo, unos cuatro metros de alto. Tiene el pelaje negro, algunas partes más oscuras que otras y húmedas por la sangre de alguien que —lo retengo, los retengo— debí conocer. Cuatro patas, las traseras, a diferencia del resto de su cuerpo son escamosas igual que las de un reptil, y su voz —si es que no extendiendo demasiado el concepto, porque rara vez sale de su hocico alargado algún sonido— es grave, como el final de un gruñido. Toma una posición semihumana en su silla de madera y desde ahí nos juzga, como si supiera algo de nosotros.

Cuéntele el chiste a la clase

Se presentó ante nosotros un alumno de Tercero, aunque su imberbe rostro lo hacía ver más joven. Llevaba el pelo corto castaño claro y una mirada poco perspicaz; delgado, con la camisa y corbata de la institución bien arregladas. No recuerdo su nombre, creo que no lo mencionó. Contaba cómo había sido su estancia en un liceo diferente luego de que lo echaran, terminada la toma. Irrumpió la clase con el director a su lado, ese señor alto y calvo con sombrero de paja y actitud altiva hacia cualquier ser vivo que se le cruce.

Obviamente quería asustarnos. Pero el cabro estaba súper raro, quizá bajo qué condición lo dejaron volver. ¿Le habrán escrito un guion? No me sonó pauteado, aunque exageró cosas. Me acordé del profe Sergio, el de música, que les traía comida a los compañeros de la toma. Eran varias las personas que se preocupaban por ellos y aún más las que los apoyaban. Ninguna hoja, ningún cierre sonó durante los treinta minutos en que se detuvo la clase. Tú también te diste cuenta, ¿cierto?

Pronto nos quedaremos solos. El Pancho no contesta el celu. ¡Son durísimas estas bancas! Como nadie se queja, nunca las cambian. Las listas —sé que las viste— cada vez son más cortas.

No es broma. ¿Qué haremos cuando no quede nadie? Luego viene la PSU. Me contaron que sólo pueden darla quienes le aseguren al liceo un puntaje alto; menos de setecientos, imposible. Debe ser verdad, si ya sabemos lo importante que es para el Director ese tipo de cosas, igual que el Simce. Espera, viene una paradocente. Aumentaron el patrullaje. Estamos muy cerca de la oficina, sentémonos en los escaños de la cancha. Aparte que todavía no me corto el pelo. Hoy llegué a las 8:15 en punto y por poco me quedo fuera. Vi, mientras me escondía tras un pilar, cómo al resto de mis compañeros se les bloqueaba el paso y los mandaban para la casa. En esos momentos los pasillos son como el instante justo en que una bandada de aves emprende el vuelo: alguien se va a alguna parte y volverá no se sabe cuándo. Y yo, en silencio, espero su fortuito regreso. Los vestigios son siempre insuficientes: un soplido, una hoja, el polvo de los zapatos, un polerón institucional sobre un basurero, un cuaderno sin tapa sin nombre, una sombra que se esconde más rápidamente que el ojo curioso que la persigue. Estos movimientos repentinos que me rodean mientras camino con el Raúl me fuerzan a pensar que el tiempo se acaba.

Quiero contar otro secreto. En el liceo hay fantasmas. Fantasmas de verdad, como el que vi aquella noche bajo un alumbrado público. Un fantasma es alguien que pensamos que se ha ido, pero sigue con nosotros. Cuando el chirrido de los walkie-talkies de las paradoctentes no se oye, intento seguirles el rastro. Nunca se muestran. Menos por la mañana. Aún quedan retazos del invierno. Se estarán acurrucando en algún rincón inexplorado para resguardarse del viento. Conozco el riesgo. Tengo la suerte de nunca topármelos aquí dentro.

Alguna vez pensé en decírselo al Raúl. Pero he aquí el problema: él sabe cómo encontrarlos. No fue difícil deducirlo. Al cabo de un tiempo, después de tantas noches jugando Play hasta la madrugada o de vacaciones en el Consistorial, pateando conchas en la arena, comencé a entender sus intenciones sin que dijera palabra alguna. Lo recordé luego de la intervención del alumno de Tercero. Usualmente el Raúl es de carácter sosegado, pero algo lo descolocó. Estuvo esquivo todo el recreo. Le pregunté si quería algo del quiosco, pero en vez de responder giró la vista. Como si alguien lo llamara. Medio desconcertado, se percató de que yo no entendía su actitud. Dijo que me adelantara, que necesitaba volver a la sala porque se le había perdido algo. Asentí. Me quedé entre los tacataca, envuelto por el sonido de la pelota chocando contra los pies de goma de las personitas.

No es tan difícil evadir a la Bestia. Lo verdaderamente difícil es hacerlo mientras intentamos recordar, mientras en puntillas buscamos los vestigios de nuestros compañeros que aún no regresan, que somos incapaces de ver. Este recorrido del Raúl es como el que emprendía el Pancho cuando lo echaban de la sala. Me pregunto en qué esquina fallaron, a quién perseguían, quién los distrajo del juego, cómo se enteraron de los fantasmas.

¿Vas a poner su nombre en el libro?, quise preguntarle. Entonces déjame tus cosas para cuando te vayas. En serio. Y en caso de que no te alcance el tiempo entre que va y vuelve el profe, te prometo que lo haré yo. Por último marco con el cortacartón su mesa o la pizarra o las tablas, da lo mismo el lugar mientras consiga la profundidad necesaria. Las grietas que habitamos tienen que estar ahí, en alguna parte. Aunque las custodie una Bestia, tal vez uno de nosotros debiese poder encontrar su nombre.

A tropezones dibujo sus escurridizas imágenes en mi libreta, antes de que sea tarde. Un retrato de ambos a lápiz mina, un retrato del Raúl y del Pancho en los márgenes de mi cuaderno de Física.

Pase a la pizarra

La vi introducir un papel a través de la rendija del casillero. Esperé su salida y leí:

Todavía veo sus rostros en los dibujos y rayones de las mesas, detrás de los pilares con tinta donde los paños húmedos de las paradocentes aún no llegan, en el desgaste de las sillas, en sus patas desniveladas, en el murmullo desobediente que golpea mi nuca. Si ellos nos quitan todo, entonces que el fuego —esta vez el nuestro— sea quien los juzgue por darnos de alimento a la Bestia.

Encontramos una salida.

F.

Han pasado varias semanas y no los he vuelto a ver. A ninguno. Según me dijeron, aquella tarde el Raúl golpeó insistentemente con el puño la puerta de Inspectoría hasta que por fin alguien abrió.

Ahora estamos formados en hileras frente al escenario. El Director, enmarcado por la bandera nacional y la institucional a sus costados, da las órdenes por el micrófono. Corbata, bien. Camisa, también. ¡Zapatos! Se me olvidó lustrarlos. Recapitulo el plan —sin levantar sospechas— y concluyo que gastar la poca pasta que me quedaba era innecesario. Me mantengo firme una última vez.

Espero una aparición sorpresa. La aparición de los fantasmas. Tal vez del niño de aquella noche y que a estas alturas ya no será un niño. Desde aquí no se alcanza a ver, pero al extremo derecho está la entrada al liceo, donde las paradocentes realizan la primera inspección con sus ojos quisquillosos. Pasado el casino, mucho más a la derecha, está el portón para descarga de productos. Es amplio y poco vigilado, a menos que eventualmente ingrese una camioneta. Colinda con el angosto y aún menos vigilado patio trasero. De haber tal cosa como una aparición, ese sería el punto ciego que necesitamos. Con la frente húmeda me pregunto quién cederá primero, de quiénes serán los músculos que ya no resistan más. Todos sabemos que aquí, ordenados en hileras por cursos, del A al E los de Primero Medio, A y B los de Cuarto, alguien tiene que caer sobre el pedregoso piso de cemento.

Los planes fueron claros y nadie se negó a acatarlos al pie de la letra. Sé cuál es mi rol hoy. Antes de dar un paso

al frente, decidido, pienso en los compañeros que huyen del Túnel, de la Bestia. Evoco la imagen premonitoria de la barricada. Los disfraces. Y en ese preciso instante aparece un fantasma.

Recibo un tacle por la espalda.

Conozco el protocolo.

Todos los días encuentro un dibujo en una esquina de las hojas de mi cuaderno, actividad típica del encierro. Un dibujo de alguien expectante porque lo encuentre y yo devuelva una mueca caricaturesca. En vez de eso hoy me levanto y miro rápidamente las mesas. Intento saber quién espera el remate del chiste. Por desgracia, no encuentro al autor entre los pocos que quedamos.



El camino hasta aquí fue lento y asfixiante. Iluminado únicamente por una antorcha en las garras de una Bestia atenta a cada uno de nuestros movimientos, pensaba en qué estoy dispuesto a sacrificar.

Ya sabemos las reglas.

El juego siempre consistió en escapar. Yo destacaba por mi agilidad en las curvas —el miedo brinda una habilidad inusual. En la oscuridad de la noche, sobre un bote en medio del océano, yo hubiera sido capaz de ver el escollo que aguarda el choque a lo lejos tras la neblina.

Al terminar de hablar con mi mamá, el director se levantó e inclinó uno de los trofeos, el más grande y brillante de todos los que ocupaban aquella vitrina, y su escritorio, inamovible en apariencia, se deslizó un par de metros a la izquierda.

Entonces se me reveló la entrada subterránea al Túnel. Era tal cual me lo describieron.

En cuanto a la Bestia, habría que precisar nada más un detalle, pues el Pancho fue bastante acertado. Las

cuencas vacías. Su olfato y su oído eran las maneras que habrá tenido de localizar a su presa.

En voz alta para que no queden ausentes

Nuevamente el dedo inquisidor. El libro de clases se abre ante mí, sostenido por la Bestia que, luego de tantos intentos, por fin me atrapó.

Bborra, me dice.

Apunta mi nombre y el director, atento a la señal, me entrega un lápiz que saca del bolsillo de su camisa. Una incisión. Certera y definitiva. Ahora me entero que en la matrícula ya se consignaba esto.

Me pregunto qué hará el resto de mis compañeros cuando ya no esté.

El Raúl no querría responder.

El Pancho menos.

La Florencia me dio una pista.

Es la perversión del sistema lo que temen, dice alguien.

Somos monstruos, sigue otro bajo el arco.

Éramos muchos en la cancha y se rumoreaba que llegarían más cuando fuese necesario. Al principio yo estaba reticente a participar, pero la carta —quiero pensar que fue la carta— me hizo cambiar de opinión. Quizá

tienen razón. No entiendo por qué nunca cambiamos las reglas. La edad nos acompañaba. Podíamos adentrarnos en pantanos con cocodrilos entre los arbustos de alguna plaza, nadar con nuestros trajes de buceo en las profundidades de la piscina armable, saltar del sillón a la silla y de esta al escritorio sorteando la lava, y aun así no éramos capaces de cambiar las reglas.

Sostengo a duras penas el lápiz. Rozo el papel mientras el calor reverbera a través del Túnel.

Buscaremos una entrada entre las muchas que hay, mientras las paradocentes monitorean el acto del lunes, dijo alguien.

Antes de eso, quienes estén en primera fila deberán correr por los callejones oscuros y mantener a la Bestia ocupada.

Noto la preocupación en sus caras.

Todos, sin decirlo, concluimos que alguien, como mínimo, perderá. Los que huyen nunca ganan.

Ahora, desde el Túnel, retengo una imagen: los cinco corremos en la noche de Halloween. Es la última vuelta, porque esta vez las manos que intentarán atraparnos serán demasiadas. Una proeza inalcanzable. Jadeante de cansancio y risa, llego a la esquina. Pero al mirar atrás no hay nadie: soy el último en pie. Y es en aquel momento que siento, por donde se forma el nudo entre la garganta y el pecho, un impulso por llegar a la otra esquina.

Clavo el lápiz sobre el libro y lacero, furioso, mi nombre impreso. Me deshago de mi primer apellido, levanto el puño y comienzo a clavar incesantemente la punta a través de las páginas una y otra y otra vez. El Director intenta agarrarme de los brazos, pero rápidamente me suelto y continúo con el resto mientras siento el peso de mi cuerpo sobre las falanges, la fricción que trepa hasta el codo cuando, afuera, el liceo arde en llamas: banderas y uniformes que pierden su forma, que son transmutados en materia prima de las barricadas; salas de clase que son volteadas de cabeza, paradocentes que regresan a su naturaleza original, reptando por los pasillos; prístina imagen de un juego nuevo que alguien del grupo, casi siempre el dueño de la pelota, está a punto de explicar. La humareda se abre paso hasta la morada de la Bestia.

Inhalo.

Hago un esfuerzo por no cerrar los ojos.

Sigo clavando el lápiz y la Bestia asoma sus garras por el borde inferior del libro. Rasgo de lado a lado mi segundo apellido, busco entre el resto de nombres que se van revelando tras cada página —documentos, anotaciones positivas y negativas de una asignatura a otra, matemáticas, lenguaje, historia, física— y nada: por más que lo intento, ellos no aparecen, ellos no aparecen.

El calor agolpado en el Túnel se intensifica y mis articulaciones comienzan a ceder. El Director se percata de

la situación, cae desorientado sobre su fiel sombrero y desde ahí observa inquieto a la Bestia. Se peina la calva. Huye. En ese vaivén de mi mano empuñada contra la hoja, la Bestia se levanta de su silla de madera, suelta el libro de clases junto a la lumbre y, tras una carcajada inextricable, se retira lentamente por donde vino. Continúo de rodillas rasgando una a una las páginas. Antes de quedar a oscuras, levanto la cara y veo cojear a la Bestia del Túnel.

¡Diez!



SANGRÍA

PUBLICACIONES EN CHILE

Narrativas contemporáneas

1. *El arca (bestiario y ficciones de treinta y un narradores hispanoamericanos)*, compilación de Cecilia Eudave y Salvador Luis
 2. *Los perplejos*, Cynthia Rimskey [fuera de circulación]
 3. *Segundos*, Mónica Ramón Ríos
 4. *Caracteres blancos*, Carlos Labbé
 5. *Carne y jacintos*, Antonio Gil
 6. *La risa del payaso*, Luis Valenzuela Prado
 7. *El hacedor de camas*, Alejandra Moffat
 8. *Oceana*, Maori Pérez
 9. *Retrato del diablo*, Antonio Gil
 10. *Niños extremistas*, Gonzalo Ortiz Peña
 11. *Apache*, Antonio Gil
 12. *La misma nota, forever*, Iván Monalisa Ojeda
 13. *Alias el Rucio*, Mónica Ramón Ríos
 14. *La parvú*, Carlos Labbé
 15. *Misa de batalla*, Antonio Gil
 16. *La expropiación*, Rodrigo Miranda
 17. *Tierra cruda*, Antonio Gil
 18. *Satancumbia*, Rodrigo Miranda
 19. *Tríptico del Secano*, Antonio Gil
- EN PREPARACIÓN
20. *Una cualquiera*, Jessenia Chamorro
 21. *El volcán*, Alejandra Coz
 22. *Coreografías espirituales*, Carlos Labbé
 23. *Nache*, Felipe Becerra

24. *Homenaje a los pingüinos*, Gonzalo Ortiz Peña
25. *Wakero*, Antonio Gil
26. *Chino (viaje al oeste)*, Antonio Gil

Intervenciones

1. *Cuál es nuestro idioma*, varios autores
2. *Descampado. Sobre las contiendas universitarias*.
raúl rodríguez freire y Andrés Maximiliano Tello, editores
3. *Constitución Política Chilena de 1973*,
propuesta del gobierno de la Unidad Popular
4. *Not in Our Name. Against the US Aid to the Massacre in Gaza /
Contra la ayuda de los Estados Unidos a la masacre de Gaza*,
varios autores
5. *The US Without Us. 6 distopías latinas para las elecciones
presidenciales de Estados Unidos*, varios autores
6. *Una maleta blanca. Intervención entre otras en la Deportee
Solidarity March, NYC, 26 de julio de 2018*,
Mónica Ramón Ríos y Carlos Labbé
7. *Literaturas y feminismo*.
*Discursos, debates y traducciones de Afest, encuentro de escritores
latinoamericanos en Nueva York 2017*,
Mónica Ramón Ríos, compiladora

Monumentos frágiles

1. *La Cañadilla de Santiago. Su historia y tradiciones. 1541-1887*,
Justo Abel Rosales.

Reserva de narrativa chilena

1. *El rincón de los niños*, Cristián Huneus
2. *Carta a Roque Dalton*, Isidora Aguirre
3. *La sombra del humo en el espejo*, Augusto d'Halmar
4. *Tres pasos en la oscuridad*, Antonio Gil
5. *El verano del ganadero*, Cristián Huneus
6. *Poste restante*, Cynthia Rimsky [fuera de circulación]
7. *Una escalera contra la pared*, Cristián Huneus
8. *Trilogía normalista*, Carlos Sepúlveda Leyton

9. *Bagual*, Felipe Becerra
10. *El vivero y el inventario. Antología narrativa*,
Guadalupe Santa Cruz
EN PREPARACIÓN
11. *Autobiografía por encargo*, Cristián Huneeus
12. *Cielo de serpientes*, Antonio Gil
13. *Teresa (episodios de la época de la independencia)*,
Rosario Orrego
14. *Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas*,
Jorge Millas
15. *Las playas del otro mundo*, Antonio Gil

Instantánea relación

1. *Manon y los conejos hacedores de papel*, Felipe Becerra
2. *Cabo frío*, Antonio Gil
3. *Lolita again*, Iván Monalisa Ojeda
4. *El fantasma*, Mónica Ramón Ríos
5. *La*, Andrés Kalawski
6. *La heredera Mei Alison Yang*, Alejandra Moffat
7. *Cortas las pesadillas con alebrijes*, Carlos Labbé
8. *La marcha valpúrgica*, Mónica Ramón Ríos
9. *Yo cuento y ustedes se esconden*, Angelo Alessio
- EN PREPARACIÓN
10. *Peluche lunar*, Maori Pérez

Texto en acción

1. *El cielo, la tierra y la lluvia*, José Luis Torres Leiva
2. *Johnny Deep (Juanito Profundo) y la vagina de Laura Ingalls*,
Alejandro Moreno Jashés
3. *Chile, logo y maquinaria*, Andrés Kalawski
4. *La amante fascista*, Alejandro Moreno Jashés
5. *Berlín no es tuyo*, Alejandro Moreno Jashés
6. *Loros negros*, Alejandro Moreno Jashés
7. *Chueca | Partir y renunciar*, Amelia Bande
8. *Art Cards | Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
9. *Los clásicos*, Andrés Kalawski
10. *Gastos de representación*, Alejandro Moreno Jashés

11. *Dos guiones*, Diamela Eltit
EN PREPARACIÓN
12. *La casa del cerro*, Mónica Ramón Ríos

Ensayo

1. *Las novelas de la oligarquía chilena*, Grínor Rojo
 2. *El arte agotado*, Sergio Rojas
 3. *Catástrofe y trascendencia en la narrativa de Diamela Eltit*, Sergio Rojas
 4. *Lo que vibra por las superficies*, Guadalupe Santa Cruz
 5. *Las novelas de aprendizaje chilenas*, Grínor Rojo
 6. *Por una pluralidad literaria chilena*, Carlos Labbé
 7. *El porvenir se hereda*, Rodrigo Karmy
 8. *Asamblea de los cuerpos*, Alejandra Castillo
 9. *República plebeya*, Camila Vergara
 10. *Tiempo sin desenlace*, Sergio Rojas
- EN PREPARACIÓN
11. *El trabajo a domicilio*, Elena Caffarena y Diamela Eltit
 12. *Crítica de barricada 1*, Aliwen
 13. *Crítica de barricada 2*, Aliwen

UNITED STATES PUBLICATIONS

Legibilities

1. *Art Cards / Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
2. *Never, Ever Ever, Coming Down*, Iván Monalisa Ojeda
3. *The Book of the Letter A*, Ángel Lozada
4. *They Have Fired Her Again*, Claudia Hernández

Radicalities

1. *Not in Our Name. Against the US Aid to the Massacre in Gaza / Contra la ayuda de los Estados Unidos a la masacre de Gaza*, various authors
2. *The US Without Us. 6 distopías latinas para las elecciones presidenciales de Estados Unidos*, varios autores
3. *Una maleta blanca. Intervención entre otras en la Deportee*

Solidarity March, NYC, 26 de julio de 2018,
Mónica Ramón Ríos & Carlos Labbé
4. *Literaturas y feminismo. Discursos, debates y traducciones de*
Afest, encuentro de escritores latinoamericanos en Nueva York 2017,
Mónica Ramón Ríos, comp.

Este cuento fue escrito por Angelo Alessio en Santiago de Chile.

«Con la frente húmeda me pregunto quién cederá primero, de quiénes serán los músculos que ya no resistan más. Todos sabemos que aquí, ordenados en hileras por cursos, del A al E los de Primero Medio, A y B los de Cuarto, alguien tiene que caer sobre el pedregoso piso de cemento. Los planes fueron claros y nadie se negó a acatarlos al pie de la letra. Sé cuál es mi rol hoy. Antes de dar un paso al frente, decidido, pienso en los compañeros que huyen del Túnel, de la Bestia. Evoco la imagen premonitoria de la barricada. Los disfraces. Y en ese preciso instante aparece un fantasma.»

Instantánea Relación propone cuentos fulminantes de nuestros autores y autoras meridionales, una lectura inmediata en busca de una experiencia literaria sin interrupción.

